

Ángel PALERM*

Creo que el problema central de México hoy día, nos situemos dentro o fuera de la perspectiva desarrollista oficial, es el problema del campo.

Si se acepta la tesis de la primacía de la industrialización que ha guiado la política del país desde hace por lo menos treinta años, entonces hay que reconocer:

* Director de la Escuela de Graduados, Universidad Iberoamericana.

1) Que el crecimiento del empleo en el sector industrial, aun combinándolo con el hipertrofiado de servicios, no ha dado, no da, ni posiblemente dará ocupación suficiente a la población que necesita incorporarse a la fuerza de trabajo. Dadas las tasas de crecimiento demográfico del país, y a pesar de la impresionante y sostenida expansión industrial, la población rural ha seguido y seguirá aumentando en términos absolutos.

2) Que esta incapacidad histórica del sector industrial se agudizará en los próximos años a medida que mejore la estructura de la planta productiva (intensificando su capitalización) y entre en nuevas actividades indispensables para el país, pero que requieren aun mayores inversiones (más proporción de capital por unidad de empleo creada).

3) Que el aumento absoluto de la población rural (que tomo como equivalente, en este caso, de la agroganadera) se está realizando sobre recursos naturales crecientemente pobres y escasos. Además, se acentúan en el campo las tendencias a emplear tecnologías y sistemas socioeconómicos que agravan, en términos generales, la escasez de tierras y el desplazamiento de la mano de obra agrícola (por mecanización, concentración de empresas, etc.).

4) Que el sector más modernizado y productivo de la agricultura nacional (el que se dedica, sobre todo, a la exportación y a los mercados urbanos de alto poder adquisitivo) encuentra dificultades cada vez más agudas para su crecimiento, provenientes tanto de los mercados extranjeros (por restricciones, competencia, precios bajos, etc.) como del nacional (por escala reducida, debilidad del crecimiento de la demanda, etc.). De esta manera, las actividades agrícolas más dinámicas cada vez se ven más severamente restringidas.

5) Que el sector más tradicional y menos productivo de la agricultura nacional (que es el abrumadoramente mayoritario), a pesar de sus progresos (con semillas mejoradas, riego, fertilizantes, etc.), no es capaz de asegurar un nivel de vida aceptable a los campesinos actuales, y mucho menos a la población rural en aumento. Este sector está siendo subsidiado de hecho y de muchas maneras indirectas (aunque a la vez sea explotado inicuaamente por intermediarios y prestamistas); pero esta política agrava el problema sin resolverlo.

6) Que la expansión industrial misma encuentra y encontrará mayores dificultades. Obligada a emplear cada vez más recursos de inversión (a intensificar su capitalización); cortada de los mercados mundiales por la competencia de los gigantes industriales; muerta por

el momento la ilusión del mercado común latinoamericano y provista de un mercado nacional raquítrico (del que de hecho está excluido el sector mayoritario de la agricultura), sus perspectivas no pueden ser brillantes. El coeficiente de uso de la capacidad industrial instalada es alarmante ya hoy día.

Puede pensarse que estoy recargando las tintas, quizá bajo la provocación del continuo optimismo oficial y de los índices del crecimiento económico real del país. Probablemente la mejor prueba de que no es así la dan las cifras del endeudamiento global del país y la necesidad de recurrir en mayores proporciones al capital público y privado del extranjero. Pero esto es, como la política agraria presente, un remedio a corto término que a más largo plazo agudizará los males.

Es fundamentalmente por estas razones, tan esquemáticamente presentadas, que creo firmemente que el problema central del desarrollo está ahora en el campo. Sólo una solución a fondo de esta cuestión permitiría elevar la mitad del país a condiciones de vida aceptables y a la vez dinamizar la industria con un mercado de cincuenta millones de personas.

No tengo dudas, tampoco, de que esta solución es sólo posible en el cuadro de una serie de profundos cambios políticos y sociales. Debe aceptarse el hecho de que la posibilidad de estos cambios está limitada por nuestra ubicación en el mundo y en el continente. Debe aceptarse, asimismo, el hecho limitativo de la inmadurez de nuestra vida política. Pero estas limitaciones, y otras semejantes, deben aceptarse como retos y no como prohibiciones permanentes e inalterables.